

que no se gusta nada

Por José Agustín Goytisolo



Querida Mariana:

No me puedo quitar de la cabeza la conversación que mantuvimos hace pocos días en el Café Gijón. Le doy vueltas y vueltas y no me deja dormir tranquilo. Dijiste que «ya no te gusta nada». No te imaginas lo culpable que me siento por no haber podido convencerte de lo contrario.

Te escuché sin interrumpirte y luego intenté explicarte que aquello no era verdad. Despues del tercer café me diste las gracias por mis buenos sentimientos, pero te vi marchar tan abatida como cuando te sentaste frente a mí.

Sé que mis comentarios fueron manidos, débiles y temerosos, que hablé de forma torpe y apresurada... ¡Me pilló tan desprevenido! Por escrito me expreso mejor. Mariana, te lo vuelvo a repetir: eres inteligente y hermosa, una profesional competente y estás más elegante que nunca. Te equivocas si piensas que a partir de los cincuenta una mujer se convierte en un trasto anticuado. Al revés, muchos creen que lo más delicioso de esta vida empieza a saborearse al llegar a esa edad. Aunque lo peor de aquella tarde es que fui incapaz de insinuarte lo que entonces sospeché y que ahora me quema la lengua... Mariana, tú y yo fuimos casi novios, ¿recuerdas? Y Mario, tu marido, fue y es mi amigo. Por supuesto que él era más brillante y apuesto, pero dudo que te deseara más que yo. Elegiste y no pasó nada. Siempre fuimos gente muy civilizada.

En fin, luego cambié de ciudad, y apenas nos hemos visto los tres. A veces coincido con Mario en el puente aéreo. Me habla de sus

éxitos, de la estupenda carrera que llevan vuestros hijos, y también algo de ti. Afirma que te sigue queriendo, aunque te nota depri- mida e ignora los motivos, y que acudes a un psicoanalista tres veces por semana. «Parece no quererme como antes, no me escucha, dice que la deje en paz y me busque una chica joven.»

¿Cómo es posible que no te des cuenta? El que no te gusta es tu marido. Porque, aunque te trate bien y no te prive de nada, te aburre soberanamente. Has cambiado los papeles para no aceptar que el que no te gusta es él. ¡Ah, la moral monjil!

Es muy difícil que una persona que no esté bien consigo misma pueda atraer a los demás, y a mí me sigues gustando, tanto o más que antes. Esta carta puede parecer una ridícula declaración de amor, y quizás lo sea... Puedes enseñársela a tu psicoanalista (seguro que también le gustas. Conozco el paño argentino), o bien quemarla.

¡Ah, la vida está llena de pequeñas –y grandes– trampas, en las que es muy fácil que te atrapen! Escribo esto pensando en las muchas veces en las que yo he caído, sin darme cuenta, hasta que el lazo me ha pillado. Y una de esas trampas es creer que uno es culpable, que a veces sí lo es, pero otras cargar con los daños ajenos, con las equivocaciones y los fallos de otras personas, que nos perjudican. Y eso es masoquismo, complejo de culpabilidad, vaya.

Adiós, querida Mariana. Sal de tu casa, rehaz tu vida, canta, ríe, lee y, si quieras, acuérdate de mí. Te desea mucha suerte, tu amigo

José Agustín